

# El prejuicio racial: implicancias psiquiátricas

HUGO CHÁVEZ-ORTIZ<sup>1</sup>

A propósito de un caso clínico que viéramos hace unos meses en el que el paciente presentaba un prejuicio racial y socioeconómico que se complicara luego con un síndrome referencial que lo obligó a dejar sus estudios en una universidad local, y que no pudiéramos seguir porque desertó de la consulta, nos motivamos a escribir algo sobre este prejuicio en relación con nuestra especialidad, que en algunos casos como éste, y en algunos más que vamos a citar sucintamente a lo largo de nuestra exposición, pueden devenir en alteraciones de orden psicótico.

## EL CASO CLÍNICO

Este joven, de 19 años, no-mal parecido, de fenotipo mestizo a predominio blanco, provinciano, de clase social B, cursaba el segundo ciclo de estudios generales en dicha universidad. Consultó con nosotros, luego de dejar su centro de estudios, porque se sentía “acomplejado” por no ser de la misma “clase social” que sus compañeros y, particularmente, de las del sexo femenino. En tal condición, se sentía marginado por ellos que “solo se reunían entre sí y confraternizaban de lo más bien” y lo dejaban solo. Esta situación lo perturbaba tanto al punto de que se sintió muy deprimido y tuvo que dejar los estudios, por lo que buscó ayuda médica. Por lo demás, había sido, antes de esto, una persona normal, y por consiguiente, sin antecedentes psiquiátricos, y se hubo desenvuelto sin problemas en su provincia de origen. En su historia familiar no había antecedentes psiquiátricos. Tal, en síntesis, la historia del paciente hasta donde lo pudimos seguir.

## EL PREJUICIO RACIAL

Trataremos de explicarnos este prejuicio con los recursos personales que nos brinda nuestra formación en cultura general y no como cultores de otras disciplinas que han tratado mejor el tema y optamos por una perspectiva necesariamente histórica y algunos conceptos antropológicos y ambientales sencillamente ejemplificados. De tal modo, pensamos que aquí el prejuicio racial va acompañado del prejuicio socio-económico ya que en nuestro medio, como nación mestiza con clase dominante mayormente blanca, ambos prejuicios, históricamente, se han amalgamado de suerte que muchas veces los rasgos mestizos a predominio indígena, o de las etnias amarilla y negra han devenido y subsistido como estigmas de una inferioridad racial y socio-económica. No pretendemos extendernos en esto, de lo que ya se ha escrito mucho, simplemente queremos dejar en claro que, a nuestro entender, el prejuicio racial entre nosotros tiene esta característica, similarmente a otros medios afines en nuestro subcontinente: la de estar casi inseparablemente unido al prejuicio socio-económico.

## PROBABLES CAUSAS

Todo lo que sigue es naturalmente lo hipotético nuestro sobre la materia. Así, un hecho histórico que viene primeramente a nuestra memoria es el fenómeno universal del “colonialismo” que se presentó, singularmente, en la Edad Moderna con la emergencia de las grandes potencias europeas que una vez consolidadas como tales y a raíz de los grandes descubrimientos de algunos de sus legendarios navegantes, señaladamente lusohispanos, se lanzaron a la conquista de los nuevos

mundos indefensos de la codicia y de la abusiva superioridad bélica de sus invasores. Así, en nuestra América, para no ir muy lejos, tuvo lugar la colonización española (dejamos de lado a la lusitana) encabezada en su mayor parte por una población metropolitana de baja estofa, acicateada por el triunfo de la Reconquista frente a los moros y embelesada por la ambición del patrimonio de estos mundos ignotos para ellos y embozada bajo la “evangelización” de estos “infeles” de acá: la ingenua e inocente población indígena, con la santurróna anuencia del pontífice romano. Y ya sabemos que el real motivo de esa inicua gesta fue la depredación de nuestras riquezas a costa de un infame cautiverio y aún de un genocidio: en el siglo XVII, de 10 millones de indios que tenía el Imperio Incaico, solo quedaba un millón.

Antes de seguir adelante, tenemos que detenernos en otro concepto muy importante, el de cultura. ¿Qué entendemos por cultura? Para nosotros, cultura es el conjunto de creencias y de normas de conducta colectivas en todos los aspectos de la vida que tienen por única finalidad la supervivencia de la etnia respectiva. Y vamos a destacar esto último: “... que tienen por finalidad la supervivencia de la etnia respectiva”. Así pues, ¿qué sucede con el colonialismo? Con él, los irruptores, para sobrevivir ellos mismos, tratan de imponer su cultura en el nuevo territorio conquistado con lo que le quitan al indígena sus propios medios de supervivencia y los condenan a la degeneración y aún al exterminio. Hay en ello un supuesto erróneo: el de la superioridad de la cultura de los conquistadores sobre la de los conquistados. Hay dos posibilidades: un hibridismo de ambas culturas, con el devenir del tiempo, merced a un proceso de integración con el establecimiento de una nueva cultura amalgamada con los principales elementos de ambas culturas madres, lo que puede ser muy importante y que habría tenido lugar en nuestra América mestiza. Podríamos citar un paralelo biológico: el “vigor híbrido” y, de otra parte, lo negativo, la degeneración y aún el ocaso de la cultura vernácula.

Permítasenos una digresión: esto del colonialismo es un fenómeno muy antiguo, tan antiguo como el hombre mismo. En tiempos remotos, ya ocurría en las guerras de expansión entre conquistadores y conquistados, estos últimos reducidos a la esclavitud y al oprobio. Así, los helenos sojuzgaron a los ilotas, los romanos a los dacios, etc. Lo que pasa es que este fenómeno del “colonialismo” es idéntico en lo esencial a lo que acontece con visos de novedad, y aún de singularidad, en otros tiempos históricos siendo que, en sí, es la vituperable dominación

del hombre por el hombre, extrapolada a los pueblos hegemónicos del orbe.

Volviendo a lo nuestro, la cultura española trató de imponerse sobre la indígena, y lo logró solo en los lugares de nuestro suelo que les fueron más accesibles y, de este modo, grandes núcleos poblacionales autóctonos quedaron ajenos a ella; citamos como ejemplo a las “comunidades indígenas” de hoy. Asimismo, el idioma peninsular todavía en ciernes fue oficializado. A modo de curiosidad, léase, entre otras obras de aquel tiempo, “El señorío de los Incas” de Pedro Cieza de León, un soldado español, ilustrado; obra que tiene una sintaxis que nos hace recordar a la germana y un vocabulario ahora arcaico. De esta suerte, devino en la lengua oficial del Virreinato y luego de la República - relegando el quechua, nuestra hermosa lengua nativa, al aborígen del Ande no aculturizado sin posibilidad de culturizarse por sí mismo sino adoptaba la lengua “oficial” que ignoraba, tan dispar a la suya, con todos los vicios de dicción y agramatismo que han sido escarnio del “cholo insurgente”. Solo recientemente el idioma incaico ha sido oficializado en algunos departamentos andinos merced a una iniciativa patriótica de algunos “padres de la patria”, quienes, se me antoja, procederían de tales circunscripciones territoriales.

Por su parte, la religión católica se impuso a medias más en los Andes que en la costa y generó lo que podría llamarse un “marranismo de nuevo cuño” en el que al lado de la veneración al ícono se aúnan costumbres paganas de lo que nos atestiguan las fiestas patronales de nuestros pueblos provincianos hasta ahora.

Con el advenimiento de la Independencia y de la República hasta nuestros días las cosas no han variado mucho que digamos. Más de la mitad de nuestra serranía y nuestras etnias selváticas sobreviven gracias a sus costumbres ancestrales (su cultura permite su supervivencia) que los peruanos, aculturizados a la hispanidad, no solo no entendemos sino que vituperamos. Como consecuencia directa de su dominación, los peninsulares y los ‘criollos’ (hijos de españoles nacidos en el Perú virreinal) constituyeron la élite racial, socioeconómica, política y cultural de la República emergente luego de la Independencia. Vinieron después los inmigrantes negros aún en el propio Virreinato y luego los asiáticos poco después (recordemos que los indios ya estaban diezmos por entonces y reservados aún al trabajo en las minas); los primeros en condición de esclavos y los segundos, para

las faenas del campo y el pequeño comercio. Ambos grupos étnicos, 'los de color humilde', liberados merced a ingentes indemnizaciones a sus amos de las grandes haciendas costeñas y los 'culíes' que abandonaron el campo migrando a la ciudad, paulatinamente se integraron, y aculturizaron, engrosando así la nueva y gran masa mestiza de nuestra nación libre, subordinada a la dominante minoría blanca agrupada en una oligarquía política hasta hace algunos años. A esto hay que añadir que también en los primeros años de la República tuvo lugar un fenómeno migratorio de europeos, principalmente italianos, que, curiosamente, fueron absorbidos en su mayor parte por la enseñoreada clase alta blanca - según nosotros, por mayor afinidad entre ellos - y así potenciaron su dominación. No podemos extendernos más en esto, pero sugerimos la lectura de 'Lima la horrible' de Sebastián Salazar Bondy, que es un ensayo sociológico y cultural que ilustra genialmente el proceso de constitución de la población limeña y, por extensión, de las principales ciudades del Perú, aunque no se lo propone el autor sino lo percibimos nosotros. Se trata de un fenómeno sui generis, como creemos, dado en nuestro medio.

Conjuntamente, gracias a su esfuerzo por la educación y el profesionalismo, de un lado, y de otro, por una economía esforzada y próspera, el mestizo insurgente, el que logró superar su condición socio-cultural subalterna, tuvo ya un cierto protagonismo en la vida social, política, económica y cultural del país e, inclusive, ha llegado a participar en ellas y demostrar, de tal modo, un potencial formativo largamente desdeñado por sus discriminadores. Pero no desapareció del todo el prejuicio racial, por desgracia, unas veces como un velado epíteto sarcástico: el cholo fulano, el negro mengano, el chino zutano; otras veces con un diminutivo lisonjero o afectuoso: el cholito, la negrita, el chinito. Por el contrario, el elogio orgulloso: fulanita ha tenido su bebe, muy bonito, bien blanquito. Y, también frases abiertamente ofensivas y soeces: "ese negro de m...". En fin, huelgan ejemplos.

Sería muy largo analizar esta supervivencia prejudicial y, humildemente no somos capaces de hacerlo, lo dejamos para nuestros sociólogos, psicólogos sociales y demás especialistas, paladines de la peruanidad. Simplemente, nos remitimos a la literatura nacional, a nuestras costumbres y a la observación cotidiana, en donde vemos a nuestros hermanos andinos y mestizos gregarios en la servidumbre, en el pequeño comercio, en el proletariado, etc. ganándose penosamente la

vida, explotados y desdorados por su pobreza y aún por su miseria. Algunas veces francamente, y otras soterradamente, son discriminados y relegados por sus conciudadanos que han tenido mejor suerte en virtud de lo cual se sienten erróneamente superiores y dignos de respeto y reverencia, por no decir pleitesía. Y no exageramos: en el gobierno de José Pardo, líder del Partido Civilista, en el segundo decenio del siglo próximo pasado, se pretendió que los pobres, mayor y naturalmente mestizos, no caminaran por la acera del Jirón de la Unión sino por la periferia de la calzada y se quiso nombrar al 'Corazón de Jesús' como patrón de la ciudad... (!), contra lo que reaccionó un joven universitario norteño que fuera más tarde el líder y fundador de uno de los más grandes partidos políticos de la nación.

Pero en este improvisado e inducto ensayo nuestro sobre los prejuicios racial y socio-económico, porque no somos especialistas en el manejo del tema, seríamos injustos y obnubiladamente sesgados sino hiciéramos algunas digresiones sobre ellos, las que implican consideraciones de orden psicológico y sociológico que nos atrevemos a hacer. En primer lugar, tomemos el caso de las relaciones humanas entre los diversos grupos de la sociedad. Cada uno de ellos, en la escala social, tiene sus peculiaridades fisionómicas, corporales (fenotípicas), de lenguaje, de nivel cultural, de costumbres, etc., de modo tal que constituyen, dentro de la cultura peruana, grupos subculturales con identidad propia más o menos establecida en el devenir histórico de nuestra patria, tal como sucede en forma semejante en otras culturas del mundo. Entonces, es obvio que la amistad, el compañerismo y toda forma de unión, incluyendo algunas veces el amor, se vean catalizadas por la pertenencia a un grupo subcultural afín, lo que necesariamente no quiera decir que haya un franco desdén por los otros. En todo tipo de relaciones humanas prima la afinidad y aún la identidad. Y es así como, equivocadamente, alguien se pueda sentir marginado si no goza de la simpatía espontánea de otro, lo que puede haberle ocurrido a nuestro paciente. En la vida cotidiana, esto sucede a diario y a nadie se le ocurre hablar de prejuicios. Sucede que individuos de subculturas diferentes pueden llegar a tener afinidad por otros vínculos o ideales comunes que los unan e identifiquen desapareciendo la falsa concepción de una diferencia esencial ilusoria. Traemos a colación lo que ha sucedido en las últimas guerras de EE UU, en donde entre los soldados blancos, negros y de ascendencia 'hispana', todos ellos confraternizaban

merced a la conciencia de un enemigo común a quien atacar o de quien defenderse. Por contra, Josefina (viuda del vizconde de Beauharnais, mariscal de Francia) que fuera emperatriz de Francia gracias a su boda con Napoleón, apenas era aceptada en la altiva corte imperial porque se le consideraba una 'créole' por haber nacido en Martinica (¡!).

Entre nosotros, los prejuicios que nos ocupan no se manifiestan tan abiertamente, tanto es así que, hipócritamente, nos jactamos de no tenerlos; pero, salen a la luz cuando nos, enojamos o simplemente perdemos la compostura ocasionalmente. Podemos decir que ellos, los prejuicios, se mantienen latentes y se exteriorizan circunstancialmente. ¿Y por qué sería así? Porque aquí, en nuestro país mestizo una buena mayoría, como decía socarronamente Manuel Gonzales Prada, "todos tenemos de 'inga' o de 'mandinga'", aunque su fenotipo blanco o blancoide, lo disimule.

Con el devenir del tiempo, creemos, se está produciendo un cambio favorable en nuestro país: la insurgencia de los mestizos en los campos político, económico y cultural de la nación, como lo demuestra en Lima la migración provinciana apretujada en los linderos marginales de la ciudad y que formara varios "Pueblos Jóvenes", emporios industriales y ciudadelas satélites, ensalzados ahora por improvisados y demagógicos políticos que anhelan el respaldo de sus votos para acceder a la clase gobernante. Es una muestra de lo que, creemos, puede ser el Perú si la gobernabilidad tuviere la voluntad política de educar a nuestras masas ignaras y unirnos bajo una nueva nacionalidad en donde los prejuicios fueren un recuerdo ingrato de un pasado ignominioso y execrable.

Pero, debemos recalcar que el fenómeno que comentamos es de carácter universal, como ya lo dijéramos más atrás, sino que tratamos de verlo tal cual se ha presentado entre nosotros. En otras latitudes, tiene un perfil similar y lo constante es la ominosa dominación del colono sobre el colonizado y la depredación de la riqueza natural del feudo conquistado, como típicamente sucede, ahora un tanto menos, en el África; esto, sin decir lo peor, el otrora inhumano comercio de esclavos negros en el que se trataba al hombre como una bestia de carga habiendo llegado al genocidio, como ocurrió entre nosotros con el indio en las minas para incrementar el tesoro de la soberbia metrópoli con el vil metal de las entrañas andinas. Y, a decir verdad, la conquista fue una empresa comercial como lo atestigua en nuestra historia el vergonzoso contrato de los "tres

socios de la conquista", como se nos enseñara en la escuela como un acontecimiento histórico de la más grande importancia (¡!). Y, a mayor abundamiento, ocurrió similarmente en Gran Bretaña, por antonomasia el país colonizador y depredador de la riqueza mundial de otrora en otras partes del mundo, con el contrato comercial que se hiciera para formar una compañía para la conquista (y explotación) de la India. Ha quedado, pues, plenamente establecido que el *primum movens* de la colonización ha tenido una prosaica inspiración crematística bajo el disfraz de una epopeya histórica. Y, en otras formas, también han ocurrido sutiles pero atroces campañas colonialistas, como en el "Coloso del Norte", en su "conquista del oeste", que no fue solo del oeste sino también de otros puntos cardinales, en la que el pobre "piel roja" fuera masacrado y despojado de sus tierras o recluido en marginadas "reservaciones", lo que Hollywood ha maquillado como heroica epopeya de los colonos blancos, verdaderos depredadores y genocidas de los indígenas de extensos territorios que hicieron suyos apoyados por el improvisado e incipiente ejército de EE UU ante la indiferencia de todo el mundo. De otro lado, la Rusia zarista, realizó algo parecido: "la marcha hacia el oriente", llegando hasta la gélida Alaska que después fuera vendida al entonces nuevo estado expansionista: 'La Unión'. En esta gesta, hubo una diferencia, no tanto despojo ni matanza sino una adhesión de pueblos autóctonos a quienes se les permitió su lengua y demás características culturales, lo que después, con el advenimiento del régimen soviético se oficializó bajo la eufemística 'política de las minorías'. Y ya sabemos cómo quedó la 'Rusia Soviética'.

Pasando a otro punto generador del prejuicio racial, decimos que en algunas mentes, retrógradas, aún se habla de la raza blanca como 'la raza superior' lo que tuvo su mayor rigor y expresión en la doctrina nazista de la Alemania de entonces en donde la mente febril y megalomaniaca del 'Führer' propugnaba que la raza germana o 'aria', como él la llamaba, como la élite de la humanidad y la única digna de sobrevivir en la Tierra bajo la égida de la cruz gamada. Por esa misma época, unos años atrás, el presidente Benavides había traído al Perú en los primeros años de su gobierno a un pequeño grupo de sencillos y dóciles inmigrantes alemanes, mayormente tiroleses, a mi parecer por su atavío típico y su folklore, a quienes el soberbio mandatario les dio solo la tierra sin ningún apoyo logístico para que sobrevivieran como pudieran. ¿Y qué pasó? Que ya por entonces, en los cuarenta, ese grupo de inmigrantes, dejados a su

suerte, sobrevivía en condiciones casi infrahumanas, lo que no les impidió superar tal ignominia años después gracias a su esfuerzo y tesón por superarse. Hoy es una colonia singular que ha merecido el respeto y la admiración de todos nosotros. A nuestro conocimiento, nadie ha podido demostrar que una raza o 'etnia', como se ha dado en decir ahora, sea superior a otra y que, consecuentemente, los andinos, los negros y los asiáticos no sean tan humanos y dignos como el teutón más pintado. Y no son ajenas a esto algunas ideologías esotéricas que hablan de razas 'más evolucionadas' que otras que van a la vanguardia de la 'salvación' según un plan trazado por hipotéticas entidades espirituales que supuestamente rigen el destino de la humanidad. Continuando con nuestra argumentación, podemos decir que el fenotipo de cada espécimen del *Homo sapiens sapiens* estuvo condicionado por factores ecológicos que le permitieran la supervivencia plenamente adaptados a las diferentes peculiaridades de su medio ambiente, en particular, latitudinales. Así, por ejemplo, la nariz platorrina del africano no tenía necesidad de calentar el aire frío de su ambiente como la nariz leptorrina del nórdico en el suyo. Por otra parte, el iris azul está condicionado por la latitud, de menor luminosidad hacia el polo en virtud de la radiación solar y de la curvatura del globo terráqueo lo que obedece a la ley de Du Long y Petit, pues a medida que nos acercamos al Ecuador terrestre la proporción de ojos zarcos, que solo tienen pigmentada la cara posterior del iris, va disminuyendo, pues hacia el sur del hemisferio norte, donde la luminosidad es mayor y se pigmenta la otra cara del iris, la anterior, y da el color pardo característico del iris mediterráneo, entre otros, hasta que numéricamente los ojos claros son reemplazados por los ojos oscuros, como lo atestiguan Testut y Latarget estadísticamente en su clásica obra de Anatomía Humana que nos ilustrara en los primeros años de nuestra formación médica. Permítasenos decir: es como si los nórdicos se hubieran puesto gafas. Y, así, se podrían enumerar varias características anatómicas o fenotípicas de las etnias en lo que la magia efectista de Hollywood ha pretendido idealizar al fenotipo albo nordicoteutónico como arquetipo de belleza femenina y, además, humana. Y esto nos trae a colación algo que leímos en una de las obras de Kretschmer que aludía al concepto étnico de belleza que contradice lo que pretende la "meca del cine": "un mandarín chino que visitaba Alemania se sorprendía de ver cuán feas eran las alemanas". Pensemos únicamente, a modo de otro ejemplo, ya en el reino animal, que el oso

pardo cercano al Ecuador no es blanco como el oso polar muy distante de él. Permítasenos traer a colación una experiencia personal: años atrás, nosotros pensábamos, erróneamente, que la hipotética etnia aria o indoeuropea, de acuerdo con la prehistórica migración hacia el oeste desde la meseta de Pamir en la India aproximadamente hace más de dos milenios antes de Cristo, era la única blanca. Pero al estudiar la lengua rumana, nos dimos con la sorpresa que los primitivos dacios eran gente rubia y de ojos azules, ¡y no eran de origen indoeuropeo! También tuvimos oportunidad de conocer hace poco a un hindú - ahora se dice "indio"- cetrino de quien hubiéramos jurado que era africano y éste nos dijo, ante una observación nuestra, que en su (milenario) país a medida que su gente se acercaba al Ecuador se iba oscureciendo. ¡Y él era sureño! Y qué dirán los de la Rubia Albión acerca de que un descendiente australiano nada menos que de Darwin ha descubierto que su ilustre antecesor tiene un origen genómico africano. Del mismo modo, podemos hablar del fenotipo andino y del mestizo, que tan bien conocemos, como derivado de la ecología andina, entre otras cosas, con sus miembros cortos y vigorosos adaptados para caminar subiendo relieves del terreno. Y, nuevamente, concédannos hacer una última alusión personal: cuando estudiábamos alemán nos enteramos que los habitantes de la zona alpina tienen tales características y que su tono muscular los hace andar como nuestros hermanos serranitos andinos con el cuerpo inclinado hacia adelante y con el paso firme y recargado para vencer la gravedad, que tiende a llevarlos hacia atrás, con sus fornidos miembros inferiores cuando suben las cuestas de su accidentado territorio. También recordamos a un paciente psicótico lúcido e inteligente que ocultaba su apellido materno típicamente andino y aún incaico, y se sentía orgulloso de tener un apellido paterno italiano. ¡Bueno! Dejémosnos de citas en pro de las variaciones étnicas porque ya tenemos suficiente argumentación para lo que nos proponemos: el prejuicio racial no es más que el corolario de la ignorancia y la estulticia de quienes lo observan.

Volviendo al caso clínico que nos motivó, y para terminar con este tema, el paciente tenía lo que podríamos llamar "el prejuicio racial especular", ya que él se creía discriminado y relegado por sus compañeros, sobre todo entre ellos, por sus compañeritas, lo que no se pudo demostrar en la breve exploración clínica que tuvimos. Para nosotros: era él quien tenía el prejuicio atribuido a sus compañeros (de allí el calificativo de 'especular'). También aquí podría plantearse otra causa alternativa:

la compatibilidad entre grupos más afines, de lo que diremos algo más, adelante. Continuando, este sentirse así, hacía que él mismo se segregara y su perturbación lo iba alejando más y más del grupo hasta que optó por abandonar sus estudios para desconsuelo de sus aspirantes y esforzados padres. Pensamos que el paciente tenía un síndrome referencial que el antes aludido autor alemán denominó “delirio sensitivo de referencia” colocándolo dentro de los cuadros esquizofrénicos marginales. Y no es un caso único. El hijo del que fuera nuestro profesor de francés es de fenotipo blanco y posee el francés como segunda lengua madre. Pues bien, estando en Francia por primera vez, ya joven, nos contó cuando lo vimos como un caso clínico esquizofrénico marginal, que en reunión con sus amigos franceses, si él decía que era francés, notaba un trato igual al de ellos entre sí; pero, cuando decía que era peruano, hijo de francés, dicho trato variaba discriminadamente hacia él como a un extranjero. Y por eso se enfermó, además de un probable choque cultural. Hasta donde sabemos, no pudimos precisar si lo del trato era cierto o delusional, pero había en él la creencia irrefutable (¿delusional?) que era así hasta que remitió parcialmente con el tratamiento hasta donde lo pudimos ver. Con este otro ejemplo, hemos tratado de ilustrar el caso que nos ocupa con otro similar. Y pensamos que estos casos, como ya anotamos, raramente llegan a la consulta. En el principal caso que nos ocupa, el paciente hijo de un próspero comerciante de origen andino afincado en una provincia selvática, a decir de la madre del paciente, su padre, desestimó la opinión médica y se lo llevó de viaje a modo de curación. Y no supimos más de él.

De este modo, hemos creído oportuno publicar estos casos –primeramente fue el principal, pero después hemos recordado los otros - y ocuparnos del prejuicio racial y, por extensión, del socioeconómico, que pueden dar lugar, como en ellos, a cuadros esquizofrénicos presumiblemente marginales y aún nucleares, poco conocidos por su lejanía de la consulta, en sujetos conjeturablemente susceptibles e ingenuos, de poca ilustración, y en rigor, de baja autoestima, que pueden mejorar y aún curarse con un tratamiento psiquiátrico adecuado en un tiempo suficientemente prolongado, no precisable. Pero, para el abordaje psicoterapéutico logoterápico de tales pacientes, es necesario remitirse a la perspectiva histórica y antropológica que puede ser un elemento coadyuvante de primer orden en estos casos (clarificación). A modo de comentario, los prejuicios, el racial, y por extensión, todos ellos, provienen de la

ignorancia de los hechos históricos, sociológicos y, particularmente, antropológicos en estos casos, de modo tal que su mención e ilustración puede disuadir del error al paciente, error que por un proceso cognitivo –que francamente ignoramos aún– se convierte en creencia en los pacientes y, en algunos de ellos, pasibles de degenerar, en una delusión francamente esquizofrénica. Esto último merece una digresión aclaratoria: el contenido delusional del enfermo, en su origen, según algunos teóricos de la especialidad, se debe a la anormalidad cognitiva del paciente de ‘delusionar’, esto es, de formar delusiones. Tiene él tal mecanismo que en su experiencia cotidiana le va a generar el pensamiento delusional. Para concluir con esta digresión, la ilustraremos con un ejemplo: hace varios años, tuvimos un paciente paranoide lúcido y muy delusor, que pensaba que unos vecinos que se juntaban en la esquina frente a su casa a charlar y holgar entre ellos pasando el rato, hablaban mal de él, a quien no conocían por ser él muy retraído, y comentaban que él era homosexual y le mandaban “indirectas”. Con el tratamiento medicamentoso antipsicótico luego de unas pocas semanas remitieron las delusiones. Pero, interrogado al respecto de ellas, nos refirió que, en efecto, “Ya no hablaban mal de él, pero que ahora quién sabe todavía qué estarán pensando para hablar mal de él”.

Esto nos demostró lo que ya habíamos leído antes (no recuerdo la fuente) acerca de lo fundamental que es en la enfermedad el aludido mecanismo delusor, el continente y no tanto el contenido delusional. En otra oportunidad, tal vez podríamos decir algo más al respecto de la patogenia delusional. Por ahora nos excusamos de hacerlo por limitaciones propias y porque su importancia merece un espacio aparte en el que ojalá pudiéramos contribuir. Por otro lado, hay literatura al respecto.

Limitándonos al prejuicio racial, y a los prejuicios en general, pensamos que están dentro de las creencias. Tales prejuicios se forman como juicios apodícticos e incontrovertibles en los sujetos prejuiciosos, derivados de apariencias que distorsionan la realidad en sus mentes especulativas y que gratifican sus vanos egos sobrestimados con una falsa noción de superioridad. Nos estamos refiriendo en particular a las creencias generadoras del prejuicio racial. Hay otros tipos de creencias que no queremos analizar por estar fuera de nuestro propósito, pero que son también prejuicios derivados de creencias de otro tipo. Al respecto, creo oportuno citar un hecho histórico en Méjico venciendo el escrúpulo de ser demasiado extenso. Así, cuando Cortés llegó a Méjico con el firme propósito

de colonizarlo –recordemos que quemó sus naves para no regresar– al enterarse el emperador Moctezuma de esto, suponemos que como místico con iniciación esotérica como muchos monarcas de la antigüedad, entró en una melancolía profunda porque pensó – y no se equivocó – que llegaba el fin del Imperio Azteca. ¿En qué se basó? Quetzalcóatl, el legendario y deificado unificador de las dispersas tribus aztecas y fundador del Imperio, cuando cumplió su misión – aparentemente de inspiración mística - se retiró al monte y desapareció; pero antes hizo una profecía: “Cuando llegue el tiempo, volveré por el Mar de Oriente, acompañado de hombres blancos y barbudos”. Y, entonces, Moctezuma no le opuso resistencia pues creyó – y aquí está la creencia – que el conquistador hispano era la reencarnación de Quetzalcóatl y fue así como Cortés marchó hasta la capital, Tenochtitlán, sin resistencia alguna por los aztecas, acompañado de unos cuantos españoles y miles de aliados indios sometidos por los aztecas y en rebeldía contra ellos. Pero, el príncipe Cuauhtémoc, hijo de Ahuizotl y heredero del Imperio, no creyó en lo que estimó una superstición de su augusto padre y acabó con casi todos los españoles de Cortés y gran parte de los indios insurrectos, episodio conocido en la historia mejicana como “la noche triste” en la que Cortés lloró al pie de una encina que todavía existe. Pero ya Narváez venía en su ayuda desde Panamá con trescientos españoles y miles de indios y lo socorrió imponiéndose

a los aztecas. Y sucumbió el Imperio. Mas las cosas hubieran sido distintas –especulamos– si Moctezuma no hubiera tenido esa creencia. Vemos, así, el poder que tienen algunas veces las creencias, tan difundidas en el género humano. Y, en el caso de la leyenda que citamos, lo hacemos con el mayor respeto y unción pues su ocurrencia está más allá de nuestro mero juicio humano, pues creemos que se trata de los arcanos del Altísimo.

Cerrando el paréntesis histórico de las creencias, en los casos clínicos de los prejuicios que nos ocupan, los sujetos que los sufren por su propio error, se creen, en efecto, inferiores con respecto a los que consideran superiores y, muy presumiblemente, viceversa. Justamente, por tratarse de un error, como pensamos, tales prejuicios serían corregibles con una aclaración psicoterapéutica aún en el nivel delusional, mejor aún con una farmacoterapia antipsicótica coadyuvante.

Dejemos a los prejuicios y creencias tal y conforme se presentan en la gente ahora y siempre y solo limitémonos a los que alcancen un nivel psicopatológico que amerite nuestra intervención. Lamentamos que al tratar de esto, hayamos tenido que dejar muchas cosas “en el tintero” pese a las limitaciones que nos reconocemos sobre el tema. Pero, no obstante, creemos haber cumplido con una exposición elemental del sustento del prejuicio tratado que pensamos que puede ser útil en la práctica psiquiátrica de nuestros colegas a quienes va dirigida.